Verano/12

"ELLA"

(Por Eduardo Milewicz) Cuando ve esas fotos de antiguos amantes vuelve a formularse la misma pregunta: "¿Qué es él?". Las fotos cubren las cuatro paredes de un ambiente que además huele a encierro, a perfume y a tabaco. El es un hombre cansado con una servilleta de papel en la mano izquierda. La servilleta dice: "No me esperes, mi cielo, estoy grabando en el canal". No siente celos, ni bronca, ni decepción. Porque ese texto no es más que un pie, una simple indicación técnica. Acaba el whisky de un solo trago, sospecha que está harto de repetir cada noche la misma escena.

Baja rápidamente a la calle. Como en las películas, estira el brazo y un taxi se detiene. Ordena que vaya hasta el canal. No, él no es actor. Estuvo en la tele, sí, pero fue hace un tiempo. Sí, un homenaje. A ella, sí, sí... Vuelve a decir "sí" y después le da a entender al taxista que no tiene el menor interés en prolongar esa charla. Si hubiese sido actor, estaría hablando hasta por los codos. Pero él no es actor. El es el hombre que estaba junto a la estrella en aquel homenaje televisado. También el "mi cielo" de la servilleta. El mismo que ahora dice "quédese con el cambio" tres cuadras antes de llegar al canal. Cree que le va a venir bien caminar. Casi trotar, porque es tarde. Harto de apurarse, trota. De hacer de acompañante, enfermero y amante. Harto de ser "mi cielo, tesoro, mi amor" y todas esas cosas que según ella era él. Y no sólo él, porque si algo pudo comprobar en todos estos años es que ella tenía el "miamor" decididamente fácil.

Falta una cuadra y está agitado. Ella debe estar firmando autógrafos. O paseando semidesnuda por algún pasillo. No, no es cierto. Eso fue hace mucho. Cuando la vida eran palmeras de papel plateado, cielos estrellados y tangos tropicales. Cuando las mujeres imitaban su forma de fumar y besar, y los adolescentes la amaban en secreto. Ahora entra al canal. Unas chicas muertas de frío toman café en vasitos de plástico. Tendría que casarse y acabarían todos sus problemas. Pero no tiene tiempo, el gerente ya se le viene al humo y él le asegura, como tantas otras noches, que no volverá a suceder.

Harto también está de ese pasillo del canal. De los saludos y de la indiferencia. De productores y ansiedades y actores y chismes que le importan un bledo. Harto de tener que repetir su escena.

En la puerta de la sala de maquillaje, acongojada, una peinadora le dice: "Si nadie la citó para grabar". Ya lo sabe. Ya todos saben que él sabe que todos saben. Porque para ella se acabaron las grabaciones. Para ella ni siquiera queda un "Hello Dolly" en algún teatrito de provincia. Nada. Algún premio a la trayectoria. Nada. Antes de entrar, se la imagina absurda, gastada, llena de falsas alhajas y con la piel irritada. ¿Cuántas horas llevará encerrada ahí adentro? Después toma aire, abre la puerta y descubre que la escena que sigue, la única que conoce a la perfección, responde a todas sus preguntas. Eso es él, un hombre que dice con serenidad:

–Estuviste muy bien.

Y ella, frente al espejo de luces, en donde hace un largo rato busca quién sabe qué, gira, muy lentamente gira, y después pregunta:

–¿En serio?

Y él siente que la forma en que ella gira y pregunta sigue siendo única. Nadie podría hacerlo así. –Te lo juro –responde y ésa es su escena que aún no termina.

Porque el hijo de la estrella pone las manos sobre los hombros de su madre y agrega.

–Vamos, que se hizo tarde.

El futuro de los Artistas

Por Cecilia Szperling

La mirada que recorre los cuentos de Cecilia Szperling –la mirada con que mira el modo de mirar de sus personajes– cada vez se parece más a la de un testigo privilegiado. La mirada de quien espera hasta los últimos segundos de un juicio para subir el estrado y dar vuelta todo veredicto preconcebido, toda coartada perfecta. Nacida en 1963 en Buenos Aires, Szperling escribe sobre aquí y sobre allá, sobre éstos y sobre aquéllos con la piadosa crueldad de quien sabe demasiado sobre sus personajes y sobre las personas que la rodean y –sin embargo– no vacila a la hora de contarlo.

1 Casi todos los meses recibo una carta de mi hermana menor que vive en Nueva York. No nos contamos cosas personales pero sí estamos comprometidas a mandarnos las noticias de los diarios que a nuestro criterio transmiten algo de "color local". De las de enero me asombró una del *New York Times*: "Asesinaron a sangre fría a un artista chino en el barrio de Brooklyn".

Lo llamativo del caso es que no había motivos para el asesinato. El artista no tenía dinero ni poseía artículos de valor. Fue un loco, un desquiciado.

Como una paradoja el diario citaba, más abajo, sus anteriores declaraciones. Decían algo así: "Nosotros, los chinos exiliados en Estados Unidos, no tenemos derecho a quejarnos si aún no conseguimos nuestro lugar en el negocio del arte. Los verdaderos héroes, los que corren riesgo con su vida y con sus obras, son nuestros hermanos artistas en China que viven la opresión del régimen comunista".

Para terminar, el diario decía que el crimen callejero en China es prácticamente inexistente.

2 Me acuerdo de Mireya. Estaba desesperada por obtener algún papel en una película. Esa noche se quejaba de lo injusto de los castings, de los acomodos, de tener que hacer encuestas callejeras para sobrevivir. Me rogó que la acompañase a una de sus fiestas para "hacer contactos". Abrió su pequeña cartera y sacó un lápiz de labio carmín y se pintó la boca sin espejo. Dijo que había aprendido a pintarse los labios "de memoria". Señaló la libretita y dijo que hoy se proponía un básico de tres teléfonos útiles y un resto de cinco que "uno nunca sabe". Me arrastró a esa casa del bajo Belgrano. Todos sonreían con cierto frenetismo y me daba la sensación de que el aire estaba cargado de electricidad. Me refugié en el baño, pero enseguida entraron tres chicas pegando grititos. Hicieron pis, se besaron y aspiraron cocaína sin siquiera darse cuenta de mi presencia.

En el viaje de vuelta Mireya me contó por tercera vez el argumento de esa película. La biografía de un músico de rock que se propone hacer un disco de éxito y que cuando lo logra abandona todo y se retira a una vida anónima en el campo. "Un disco de éxito, eso era todo lo que quería", repitió. No me quejé de la fiesta. Ya estaba pensando en que tendría que ayudarla a entrar en su casa y meterla en la cama. No sería más su niñera, había sido mi conclusión.

Un año más tarde asistí al estreno en el cine Broadway de una película que la tenía de protagonista. La ciudad había amanecido repleta de afiches con su cuerpo. Mi madre me llamó diciendo:

–¿Es Mireya la de la película?

–Sí, ma –contesté.

Esa noche estaba irreconocible. Se había teñido el pelo de negro y puesto lentes de color verde. Llevaba un vestido blanco con escote en la espalda, al estilo Marilyn, capelina y guantes cortos. Después se fue a celebrar con el nuevo grupo de gente que la rodeaba. No fui porque esas personas me intimidaban.

Supe de ella por las revistas o los reportajes en TV. Sé que viajó aquí y allí, frecuentando los festivales internacionales. Supongo que habrá desempeñado bien su papel de diva sudamericana. Recibí una postal desde París donde contaba que se había hecho amiga de Marcello Mastroianni. Lo había conocido en una manifestación en la embajada argentina pidiendo por los derechos humanos. Sin remitente.

Al cabo de un tiempo, misteriosamente, dejó de aparecer en diarios y pantallas. Recibí el llamado de Ernesto, un amigo en común, preguntando si sabía algo de ella. Le dije que no, que hacía dos años que no la veía. El dijo que él tampoco pero se acordó de que hoy Mireya cumplía años y quería saludarla. Quedamos en que si tenía noticias me avisara y en ir a tomar un café en algún momento.

Tres años más tarde la encontré por la calle. Llevaba a una beba en brazos y vestía un jardinero amplio de jean. Me sorprendió que estuviese descalza. Nos abrazamos y exclamé: ¡Qué hermosa beba!

–Estamos viviendo en una granja comunitaria en Villa Gesell –dijo sonriente–. Vine a saludar a los viejos.

–Ah... ¿Y ...no trabajás más en cine o teatro?

–No, nada que ver –me contestó. Sacó de su bolso un tarro con puré de manzana. La miré buscando algún indicio que me permitiera entender por qué había cambiado tanto. Ella me miró como si me fuese a explicar algo. Pero en un microsegundo en que la beba se movió o se cayó una hoja seca de un árbol comprendí que no sucedería.

–Es casero, hecho con mis propias manos –estiró su brazo y después nos dimos un beso de despedida.

3 Orton y Halliwell eran escritores. Vivían en una pieza de una casa antigua en Londres. No tenían un peso. Se levantaban al alba para aprovechar la luz del día y no tener que gastar en energía eléctrica. Pasaban parte del día en las bibliotecas públicas. Sacaban libros y los volvían a su lugar dejando alguna pequeña huella en ellos. Un libro sobre "Etiqueta" podía aparecer con la foto de una mujer desnuda en la solapa pegada sobre la foto de su distinguida autora. Así con más de menos 83 libros.

Fueron llevados a juicio acusados por "daños maliciosos". Junto con la cárcel ganaron cierta fama. El *Daily Mirror* tituló el caso "Gorilla In the Roses". En relación con uno de los libros saboteados. Uno sobre jardinería, una de las tradiciones más importantes de la cultura inglesa, que llevaba en la tapa la foto de una abiertísima rosa amarilla. Orton y Halliwell le pegaron la foto de un gorila en el centro.

Joe Orton dijo que la cárcel lo había cambiado. Fue separado de Halliwell, con quien mantenía una relación de fuerte dependencia.

Declaró que "antes tenía una vaga idea sobre algo podrido en la sociedad, la cárcel la cristalizó".

También dijo que habiendo sido declarado un "criminal" ya no tenía nada que perder frente a la sociedad. En poco tiempo vendió su obra *Ruffian on the Stairs* a la BBC. Luego sus obras fueron estrenadas con éxito en los más importantes teatros de la ciudad.

En un reportaje lo acusaron públicamente de ser un resentido. De haber saboteado las bibliotecas por el odio de que ninguna casa editorial hubiese aceptado su material en aquel momento.

–Sí –contestó Orton, sin ningún problema en admitirlo. –Así fue. Lo hice por resentimiento. Por puro resentimiento.



El futuro de los Artistas

Por Cecilia Szperling

La mirada que recorre los cuentos de Cecilia Szperling –la mirada con que mira el modo de mirar de sus personajes– cada vez se parece más a la de un testigo privilegiado. La mirada de quien espera hasta los últimos segundos de un juicio para subir el estrado y dar vuelta todo veredicto preconcebido, toda coartada perfecta. Nacida en 1963 en Buenos Aires, Szperling escribe sobre aquí y sobre allá, sobre éstos y sobre aquéllos con la piadosa crueldad de quien sabe demasiado sobre sus personajes y sobre las personas que la rodean y –sin embargo– no vacila a la hora de contarlo.

1 Casi todos los meses recibo una carta de mi hermana menor que vive en Nueva York. No nos contamos cosas personales pero sí estamos comprometidas a mandarnos las noticias de los diarios que a nuestro criterio transmiten algo de "color local". De las de enero me asombró una del *New York Times*: "Asesinaron a sangre fría a un artista chino en el barrio de Brooklyn".

Lo llamativo del caso es que no había motivos para el asesinato. El artista no tenía dinero ni poseía artículos de valor. Fue un loco, un desquiciado.

Como una paradoja el diario citaba, más abajo, sus anteriores declaraciones. Decían algo así: "Nosotros, los chinos exiliados en Estados Unidos, no tenemos derecho a quejarnos si aún no conseguimos nuestro lugar en el negocio del arte. Los verdaderos héroes, los que corren riesgo con su vida y con sus obras, son nuestros hermanos artistas en China que viven la opresión del régimen comunista".

Para terminar, el diario decía que el crimen callejero en China es prácticamente inexistente.

2 Me acuerdo de Mireya. Estaba desesperada por obtener algún papel en una película. Esa noche se quejaba de lo injusto de los castings, de los acomodos, de tener que hacer encuestas callejeras para sobrevivir. Me rogó que la acompañase a una de sus fiestas para "hacer contactos". Abrió su pequeña cartera y sacó un lápiz de labio carmín y se pintó la boca sin espejo. Dijo que había aprendido a pintarse los labios "de memoria". Señaló la libretita y dijo que hoy se proponía un básico de tres teléfonos útiles y un resto de cinco que "uno nunca sabe". Me arrastró a esa casa del bajo Belgrano. Todos sonreían con cierto frenetismo y me daba la sensación de que el aire estaba cargado de electricidad. Me refugié en el baño, pero enseguida entraron tres chicas pegando grititos. Hicieron pis, se besaron y aspiraron cocaína sin siquiera darse cuenta de mi presencia.

En el viaje de vuelta Mireya me contó por tercera vez el argumento de esa película. La biografía de un músico de rock que se propone hacer un disco de éxito y que cuando lo logra abandona todo y se retira a una vida anónima en el campo. "Un disco de éxito, eso era todo lo que quería", repitió. No me quejé de la fiesta. Ya estaba pensando en que tendría que ayudarla a entrar en su casa y meterla en la cama. No sería más su niñera, había sido mi conclusión.

Un año más tarde asistí al estreno en el cine Broadway de una película que la tenía de protagonista. La ciudad había amanecido repleta de afiches con su cuerpo. Mi madre me llamó diciendo:

–¿Es Mireya la de la película?

–Sí, ma –contesté.

Esa noche estaba irreconocible. Se había teñido el pelo de negro y puesto lentes de color verde. Llevaba un vestido blanco con escote en la espalda, al estilo Marilyn, capelina y guantes cortos. Después se fue a celebrar con el nuevo grupo de gente que la rodeaba. No fui porque esas personas me intimidaban.

Supe de ella por las revistas o los reportajes en TV. Sé que viajó aquí y allí, frecuentando los festivales internacionales. Supongo que habrá desempeñado bien su papel de diva sudamericana. Recibí una postal desde París donde contaba que se había hecho amiga de Marcello Mastroianni. Lo había conocido en una manifestación en la embajada argentina pidiendo por los derechos humanos. Sin remitente.

Al cabo de un tiempo, misteriosamente, dejó de aparecer en diarios y pantallas. Recibí el llamado de Ernesto, un amigo en común, preguntando si sabía algo de ella. Le dije que no, que hacía dos años que no la veía. El dijo que él tampoco pero se acordó de que hoy Mireya cumplía años y quería saludarla. Quedamos en que si tenía noticias me avisara y en ir a tomar un café en algún momento.

Tres años más tarde la encontré por la calle. Llevaba a una beba en brazos y vestía un jardinero amplio de jean. Me sorprendió que estuviese descalza. Nos abrazamos y exclamé: ¡Qué hermosa beba!

–Estamos viviendo en una granja comunitaria en Villa Gesell –dijo sonriente–. Vine a saludar a los viejos.

–Ah... ¿Y ...no trabajás más en cine o teatro?

–No, nada que ver –me contestó. Sacó de su bolso un tarro con puré de manzana. La miré buscando algún indicio que me permitiera entender por qué había cambiado tanto. Ella me miró como si me fuese a explicar algo. Pero en un microsegundo en que la beba se movió o se cayó una hoja seca de un árbol comprendí que no sucedería.

–Es casero, hecho con mis propias manos –estiró su brazo y después nos dimos un beso de despedida.

3 Orton y Halliwell eran escritores. Vivían en una pieza de una casa antigua en Londres. No tenían un peso. Se levantaban al alba para aprovechar la luz del día y no tener que gastar en energía eléctrica. Pasaban parte del día en las bibliotecas públicas. Sacaban libros y los volvían a su lugar dejando alguna pequeña huella en ellos. Un libro sobre "Etiqueta" podía aparecer con la foto de una mujer desnuda en la solapa pegada sobre la foto de su distinguida autora. Así con más o menos 83 libros.

Fueron llevados a juicio acusados por "daños maliciosos". Junto con la cárcel ganaron cierta fama. El *Daily Mirror* tituló el caso "Gorilla In the Roses". En relación con uno de los libros saboteados. Uno sobre jardinería, una de las tradiciones más importantes de la cultura inglesa, que llevaba en la tapa la foto de una abiertísima rosa amarilla. Orton y Hallivell le pegaron la foto de un gorila en el centro.

Joe Orton dijo que la cárcel lo había cambiado. Fue separado de Halliwell, con quien mantenía una relación de fuerte dependencia.

Declaró que "antes tenía una vaga idea sobre algo podrido en la sociedad, la cárcel la cristalizó".

También dijo que habiendo sido declarado un "criminal" ya no tenía nada que perder frente a la sociedad. En poco tiempo vendió su obra *Ruffian on the Stairs* a la BBC. Luego sus obras fueron estrenadas con éxito en los más importantes teatros de la ciudad.

En un reportaje lo acusaron públicamente de ser un resentido. De haber saboteado las bibliotecas por el odio de que ninguna casa editorial hubiese aceptado su material en aquel momento.

–Sí –contestó Orton, sin ningún problema en admitirlo. –Así fue. Lo hice por resentimiento. Por puro resentimiento.

4 Siempre vi a Fernando como a un chico con suerte. Era escultor y pese a lo difícil de su oficio llevaba una vida espléndida rodeada de amigos y llena de posibilidades. Con sólo 19 años un coleccionista lo invitó a París con la sola idea de que él conociese los mejores museos del mundo. Sin sacar un centavo de su bolsillo viajó a Italia. Recorrió hermosos pueblitos y compartió cenas con importantes artistas y personas vinculadas con el mundillo del arte. A su vuelta lo esperaba una beca que había ganado en un concurso.

Le gustaba coquetear con mujeres y hombres y en uno de sus affaires consiguió una invitación exclusiva a un taller de escultura en Nueva York. Lo despedimos. Su cara rebalsaba de alegría y mientras lo saludábamos creo que cada uno de nosotros se preguntaba: ¿por qué a mí no?

Perdí contacto con Fernando. Pensaba que se había quedado definitivamente allá, pero lo cierto es que no llegaron noticias suyas.

Este año, después de dos sin saber nada de él, tuve un cruce de lo más extraño. Yo iba en silla de ruedas y él en camilla. A mí me entraban en el gran ascensor de un hospital y a él lo sacaban. Creo que me sonrió.

Yo había sufrido una pequeña intervención sin importancia en mi dedo índice de la mano izquierda. Fernando en cambio, después me enteré, se había excedido en su dosis de pastillas. Había prolongado demasiado su estadía en el exterior y, como no estaba acostumbrado a trabajar, había caído en la miseria. Se había ido a vivir con otro escultor ermitaño y despótico. No tenía dinero para volver y, lo que es peor, no quería volver y contar sus penurias. Su madre fue a buscarlo, lo localizó y lo trajo de vuelta. Quizá demasiado tarde, quizá todavía a tiempo.

5 Ruth era pintora. Debo admitir que algunas de sus cosas deben considerarse geniales, verdaderamente nunca vistas. Su mente siempre estuvo abarrotada de ideas y de "proyectos" inconclusos con amigos, artistas y personas que conocía casualmente en la calle. Vivía en Buenos Aires, en el barrio de San Telmo, pero era de Entre Ríos.

Ella tenía un concepto de la vida muy elevado y era una persona exigente. De modo que hace años buscaba un trabajo que no le robase su tiempo y que no la prostituyese. Como tenía muchos amigos artistas nunca tuvo graves problemas, al menos con la vivienda y la comida. Llevaba una auténtica vida bohemia. En alguna conversación me dijo que odiaba a los galeristas y que no tenía ninguna intención de darles su obra. Que el negocio del arte era la verdadera muerte del arte, "una verdadera mierda asquerosa donde se revuelcan esos cerdos repletos de dinero", algo por el estilo fueron sus palabras. Después dejé de ponerme al día con sus cambios de teléfonos y direcciones y le perdí el rastro. No pude comprobar si había llegado a algo con su último proyecto, "Vacíos". En realidad se había inspirado en un sueño mío en el que el batón de mi madre caminaba por mi pieza, sin mi madre adentro. Ella me dijo que rellenaría la ropa de sus amigos para lograr el mismo efecto y les tomaría fotos. Pero primero tenía que terminar su proyecto anterior, "Lo de al lado tuyo". Este era un poco difícil de explicar. En síntesis vos te sentabas y Ruth tomaba una foto del espacio que había inmediatamente al lado tuyo.

En calidad de periodista asistí a una comida en el consulado italiano. Encontré a Ruth. Vestía un traje de seda color gris plomo, un collar de perlas y dos pequeños brillantes en sus orejas. El pelo lo había dejadocrecer y lo llevaba recogido. Lo que más me llamó la atención fueron sus tacos y el maquillaje. Discreto pero que la transformaban totalmente.

Ruth me contó su historia. Me repitió que el mundo del arte era una farsa. Que querían comprar sus obras por migajas. Que desalentada había dejado de pintar y dedicaba su tiempo a los pensamientos y a la vida misma. Que pasó viviendo con lo elemental y dedicada a "experimentar" y que ya no soportaba ni siquiera San Telmo ni sus amigos con pretensiones. Hasta que conoció a un hombre del protocolo y comenzó a frecuentar estos salones. Que él la mantuvo por un tiempo pero nunca se quiso casar con ella. Que mientras él se definía ella decidió salir con otros hombres que conocía a través de él en estas fiestas y reuniones. Entendí que de algún modo la mantenían y que ella daba algo a cambio.

–No sé, quizá vuelva a pintar –agregó levantando su copa–, pero no soporto el negocio del arte.

POLINI

4 Siempre vi a Fernando como a un chico con suerte. Era escultor y pese a lo difícil de su oficio llevaba una vida espléndida rodeada de amigos y llena de posibilidades. Con sólo 19 años un coleccionista lo invitó a París con la sola idea de que él conociese los mejores museos del mundo. Sin sacar un centavo de su bolsillo viajó a Italia. Recorrió hermosos pueblitos y compartió cenas con importantes artistas y personas vinculadas con el mundillo del arte. A su vuelta lo esperaba una beca que había ganado en un concurso.

Le gustaba coquetear con mujeres y hombres y en uno de sus affaires consiguió una invitación exclusiva a un taller de escultura en Nueva York. Lo despedimos. Su cara rebalsaba de alegría y mientras lo saludábamos creo que cada uno de nosotros se preguntaba: ¿por qué a mí no?

Perdí contacto con Fernando. Pensaba que se había quedado definitivamente allá, pero lo cierto es que no llegaron noticias suyas.

Este año, después de dos sin saber nada de él, tuve un cruce de lo más extraño. Yo iba en silla de ruedas y él en camilla. A mí me entraban en el gran ascensor de un hospital y a él lo sacaban. Creo que me sonrió.

Yo había sufrido una pequeña intervención sin importancia en mi dedo índice de la mano izquierda. Fernando en cambio, después me enteré, se había excedido en su dosis de pastillas. Había prolongado demasiado su estadía en el exterior y, como no estaba acostumbrado a trabajar, había caído en la miseria. Se había ido a vivir con otro escultor ermitaño y despótico. No tenía dinero para volver y, lo que es peor, no quería volver y contar sus penurias. Su madre fue a buscarlo, lo localizó y lo trajo de vuelta. Quizá demasiado tarde, quizá todavía a tiempo.

5 Ruth era pintora. Debo admitir que algunas de sus cosas deben considerarse geniales, verdaderamente nunca vistas. Su mente siempre estuvo abarrotada de ideas y de "proyectos" inconclusos con amigos, artistas y personas que conocía casualmente en la calle. Vivía en Buenos Aires, en el barrio de San Telmo, pero era de Entre Ríos.

Ella tenía un concepto de la vida muy elevado y era una persona exigente. De modo que hace años buscaba un trabajo que no le robase su tiempo y que no la prostituyese. Como tenía muchos amigos artistas nunca tuvo graves problemas, al menos con la vivienda y la comida. Llevaba una auténtica vida bohemia. En alguna conversación me dijo que odiaba a los galeristas y que no tenía ninguna intención de darles su obra. Que el negocio del arte era la verdadera muerte del arte, "una verdadera mierda asquerosa donde se revuelcan esos cerdos repletos de dinero", algo por el estilo fueron sus palabras. Después dejé de ponerme al día con sus cambios de teléfonos y direcciones y le perdí el rastro. No pude comprobar si había llegado a algo con su último proyecto, "Vacíos". En realidad se había inspirado en un sueño mío en el que el batón de mi madre caminaba por mi pieza, sin mi madre adentro. Ella me dijo que rellenaría la ropa de sus amigos para lograr el mismo efecto y les tomaría fotos. Pero primero tenía que terminar su proyecto anterior, "Lo de al lado tuyo". Este era un poco difícil de explicar. En síntesis vos te sentabas y Ruth tomaba una foto del espacio que había inmediatamente al lado tuyo.

En calidad de periodista asistí a una comida en el consulado italiano. Encontré a Ruth. Vestía un traje de seda color gris plomo, un collar de perlas y dos pequeños brillantes en sus orejas. El pelo lo había dejadocrecer y lo llevaba recogido. Lo que más me llamó la atención fueron sus tacos y el maquillaje. Discreto pero que la transformaban totalmente.

Ruth me contó su historia. Me repitió que el mundo del arte era una farsa. Que querían comprar sus obras por migajas. Que desalentada había dejado de pintar y dedicaba su tiempo a los pensamientos y a la vida misma. Que pasó viviendo con lo elemental y dedicada a "experimentar" y que ya no soportaba ni siquiera San Telmo ni sus amigos con pretensiones. Hasta que conoció a un hombre del protocolo y comenzó a frecuentar estos salones. Que él la mantuvo por un tiempo pero nunca se quiso casar con ella. Que mientras él se definía ella decidió salir con otros hombres que conocía a través de él en estas fiestas y reuniones. Entendí que de algún modo la mantenían y que ella daba algo a cambio.

–No sé, quizá vuelva a pintar –agregó levantando su copa–, pero no soporto el negocio del arte.

POLINI



REVELE SUS FOTOS EN CUORE FOTOCOLOR EN MINUTOS Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

Verano/12



Diego Torres en la Villa.

AGENDA.

MUSICA

• Esta noche presentación del Coro Polifónico de Villa Pueyrredón, Capital Federal, y del Grupo Coral Armonía de Tucumán. Organizado por la Sociedad de Encuentros Corales de Villa Gesell a las 21.30 en el Anfiteatro del Pinar. En Av. 10 y Paseo 102.
• Los Angeles, covers, todas las noches desde las 23 en Altra Birra. Alameda 202 y Av. Buenos Aires.
• Canto Bar en Cadaqués, con Gastón de la Villa. Guitarra, órgano, en el Parador Cadaqués. Todas las noches en Av. Costanera y Calle 303.
• Aguante Baretta, rock, en el Paseo de Compras Camino Real. El viernes desde las 23. Paseo 104 y Av. 4. Entrada libre y gratuita.
• El sábado presentación del Coro Polifónico de Villa Pueyrredón de la Capital Federal, el Grupo Coral Armonía de Tucumán y la Escuela de Canto Coral de Mar del Plata, en el Anfiteatro del Pinar. A partir de las 21.30, en el Boulevard Silvio Gesell y Paseo 102. Entrada libre y gratuita.
• Diego Torres, en el Atlas, Paseo 108 y Av. 3, a las 22.30, el viernes 11.
• Pasajeros 69, rock, en el Paseo de Compras Camino Real. El sábado desde las 23, Paseo 104 y Av. 4. Entrada libre y gratuita.
• Rulo Vignollés, jazz trío de guitarras, bajo y saxo. Viernes y sábado por la noche a partir de las 23 en el Bel Motel. Alameda 206 y Calle 303.
• Las Sabrosas Sarigüeyas, salsa (el grupo está integrado por chicos de 15 años) en el Paseo de Compras Camino Real. El lunes a las 23. Gratis, en Paseo 104 y Av. 4.
• Cursos de iniciación coral para adultos, todos los días desde las 18.30 a cargo del maestro Abel Scaler en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.
• La Mar en Coche, boliche rockero, presentación de grupos de rock. Todas las noches después de la 1 de la madrugada. En el Paseo 105 entre Avs. 2 y 3.

TEATRO

• *El señor del baño*. Monólogos sobre la actualidad. En la Asociación Bancaria, Av. 1 y Paseo 118. Esta noche a las 22.30, entrada libre y gratuita. El mismo espectáculo se presenta el sábado a las 22.30 en Av. 2 y Paseo 108, Hotel 25 de Noviembre, y el próximo martes en Playa y Paseo 126 Balneario Fredda, a las 23.30.
• *La risa es salud*, de Rudy Chernicoff, con las Diab-less, encargadas de presentar cada monólogo con un sugestivo top-less. Escenas de la vida cotidiana. A las 22.30, entrada 12 pesos, en Av. 3 y Paseo 109.
• *Cuando florece el corazón*, de Alexei Arbuzof, autor ruso contemporáneo, dirigida por C. Luzietti. Con la actuación de María Concepción César y Enrique Liporace, encarnan a un pareja y sus conflictos en la Rusia de 1968. Se presenta en la Casa de la Cultura. Av. 3 y Paseo 109, todos los sábados de febrero a las 23. Localidades a 10 pesos.• *La lección de anatomía*, de Carlos Mathus, con 8 actores en escena. Todos los domingos de febrero a las 23 en Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109, precio de la entrada, 12 pesos.
• *Macbeth*, versión de la obra de William Shakespeare, dirigida por Antonio Mónaco. Interpretada por el Teatro de la Universidad Nacional de Mar del Plata, la puesta ganó dos Estrellas de Mar en la temporada pasada. Todos los lunes de febrero a las 23 en Av. 3 y Paseo 109. Entrada 10 pesos.
• *La casita de los viejos*, de Mauricio Kartún, con dirección de Juan José Vázquez. Una alegoría sobre el autoritarismo interpretada por seis integrantes del Taller de Teatro de la Casa de la Cultura de Villa Gesell. Los martes de febrero a las 23.30 en Av. 3 y Paseo 109. Entrada libre y gratuita.
• *El último varón*, de Jorge Bellizzi. Comedia interpretada por Darío Vittori, Cristina del Valle y María Alexandra. Mañana jueves en el Teatro San Martín 2 en el Paseo 105, entre Avs. 2 y 3. A las 22.30, entrada 15 pesos. Todos los jueves de febrero.

PIBES

• Iniciación coral para niños a cargo del maestro Angel Concilio, todos los días a partir de las 15 en el Anfiteatro del Pinar, Av. 10 y Paseo 102.
• Todas las noches presentación de espectáculos callejeros de títeres y mimos en la Peatonal, Av. 3 entre paseos 104 y 108.
• *La aventura de vivir*, del titiritero geselino Fabián Villarreal. Para los chicos el tema es la defensa del medio ambiente. En la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Todos los viernes y domingos de febrero a las 20.30. Entrada 3 pesos.
• *Dulce Gusi*, de Fabián Villarreal, títeres. Exclusivamente los días de lluvia a las 19.30 en la Casa de la Cultura, Av. 3 y Paseo 109. Entrada $3.
• Castillos de Juguelandia, parque para los chicos, carrousel, trencitos, payasos, videojuegos. En Av. 3 entre paseos 125 y 126.
• Master-park, parque cubierto. Laberinto, gusanos, cuatriciclos, carrousel de 2 plantas. En Av. 3 entre paseos 102 y 104.

DEPORTES Y JUEGOS DE PLAYA

• Escuela de minivóley de 16.30 a 17.30, todos los lunes, miércoles, viernes y sábados en playa entre los paseos 112 y 113.
• Mañana, el viernes y el sábado torneo de Beach Voley Internacional a partir de las 11 de la mañana, en el miniestadio de playa entre los paseos 112 y 113.
• El domingo, final del Torneo de Beach Voley Internacional.
• La semana próxima, los días lunes, martes y miércoles Jet Sky nacional en el miniestadio de playa entre los paseos 112 y 113.
• Badón de Nigeria en Windsurf. Clases en aerobic en la playa y el paseo 108.

PASEOS

• Feria Artesanal Regional y Artística. Exponen artesanos locales y de otros lugares del país, seleccionados por sus trabajos en cerámica, metales, cueros, maderas y otras especialidades. En la Av. 3 entre los paseos 112 y 113, todas las noches hasta las 2 de la madrugada.
• Faro Querandí. A 30 km. de Villa Gesell en dirección al sur está el Faro Querandí enclavado en un bosque de acacias y rodeado por dunas. Pertenece a la Armada Argentina y tiene servicio de hidrografía naval, es uno de los más altos de la costa.